

a la vista del vasto horizonte, daba de mamar a su hijo.

II

Al día siguiente, después de haber trabajado durante toda la mañana y teniendo su tarea corriente bastante adelantada, tuvo la idea Mateo de ir a casa de la señora Bourdieu para saber nuevas de Norina. Sabía que desde hacía quince días se encontraba en cama a causa del parto y deseaba asegurarse por sí mismo de la salud de la madre y el niño, para de ese modo cumplir mejor la misión que Beauchéne le había encomendado. Y como éste no había vuelto a hablarle una palabra respecto al particular, díjole únicamente que después de mediodía se ausentaría, pero sin explicarle el motivo de tal ausencia. No se le ocultaba tampoco el alivio que tendría su patrón, cuando se enterase del final de aquella aventura al saber que el hijo había desaparecido y que la madre estaba ya en brazos de otro amante.

En casa de la comadrona, en la calle de Mirosmenil, encontró a Norina, todavía en cama, próxima a dejarla pues estaba dispuesta a marchar el próximo jueves. Y tuvo la sorpresa de encontrar al pie del lecho, al niño, dormido en la cuna, del cual creía él que ya se había desembarazado.

—¡Gracias a Dios que llega usted!—exclamó con alegría la parida.—Iba a escribirle, para verle al menos, antes de marcharme. Mi hermanita le hubiera llevado la carta.

En efecto, Cecilia estaba allí con su otra hermana Irma, la más jovencita. La mamá Moineau

no había podido dejar sus faenas, y las había enviado para saber nuevas, encargándoles que llevaran a su hermana mayor tres hermosas naranjas que estaban sobre la mesa de noche. Las dos chiquillas habían venido a pie, contentas de la caminata, al ver los escaparates de las tiendas y luego aquella casa tan bonita en la cual habían encontrado a su hermana; eso sin contar que el niño, aquel muñeco viviente envuelto en sus pañales de muselina las tenía llenas de ardiente curiosidad.

—Vamos, veo que la cosa ha ido bien,—dijo Mateo.

—¡Oh, perfectamente! Hace cinco días que me levanto un poquito, y próximamente me marcharé. No con muchas ganas, sabe usted, puesto que aquí tengo muy buena vida y ya se me acaba... No es verdad, Victoria, que en la calle no encontramos una comida y un colchón tan buenos? Reconoció entonces Mateo a Victoria, la sirvientita, que sentada cerca de la cama arreglaba ropa blanca. Había llegado allí ocho días antes que Norina, y debía dejar la casa al día siguiente, lista para su parto. Y entre tanto, trabajaban un poco por cuenta de Rosina, la señorita rica, aquella linda incestuosa de la cual había abusado su padre y que en cama desde la vispera, ocupaba el cuarto de al lado. En la habitación de las tres camas, menos bella pero llena de sol, Norina y Victoria no habían tenido otra compañera luego que Any; libre ya de su embarazo se había marchado a su casa, en el vapor. La sirvientita levantó la cabeza dejando de coser.

—A buen seguro que una no podrá dar vueltas a la cama ni tener todas las mañanas antes de levantarse su vaso de leche caliente. Eso tampoco

co es muy agradable tener siempre delante su gran pared gris. No puede pasarse la vida sin hacer nada.

Norina se reía, meneaba la cabeza dando a comprender que no era de la misma opinión. Y como sus dos hermanitas la incomodasen quiso despedirlas.

—Con que, gatitas mías, ¿decís que papá está todavía tan enfadado conmigo y que no debo ir a casa?

—¡Oh!—contestó Cecilia,—no hay para tanto, pero siempre dice que eso le deshonorra y que todo el barrio le señalará con el dedo. Bien es verdad que Eufrosia le azuza continuamente sobre todo desde que va a casarse.

—¡Cómo! ¿Eufrosia se casa? No me lo hablabas dicho.

Mostróse contrariada, mucho más, al decirle sus hermanas que el marido era Augusto Binardi, aquel joven albañil de carácter social que vivía en el piso de arriba. Se había enamorado de la chica, por más que no era muy bonita, flaca a los dieciocho años como un saltamontes, encorvándola a pesar de ello fuerte y trabajadora.

—Que les aproveche. Es tan mala que antes de seis meses, le pegará... Decid a mamá que me importa un bledo de vosotros, que yo no necesito a nadie. No estoy tan abandonada todavía, buscaré trabajo, encontraré a alguno que me ayude. ¿Lo oís? ¡no vengáis más, que no me molesten más!

Irma, que apenas tenía ocho años, rompió a llorar.

—¿Por qué nos dices esas cosas? No hemos venido para causarte pena. Yo que quería preguntarte si este chiquitín era tuyo, ¿tú podías abrazarlo antes de partir.

En seguida Norina aplacó la violencia de su despecho. Las llamó gatitas, las besó con ternura, repitiéndolas que era preciso que se fueran, pero que podían volver a verla, si es que así lo deseaban.

—Decid a mamá que le doy las gracias por sus naranjas. Y en cuanto al chiquillo, miradle, pero no lo toquéis, porque si se despertaba empezaría a llorar y tendríamos para rato.

Entonces, mientras las dos muchachas se asomaban para verle, temblando en su curiosidad de mujercitas, Mateo también le miró. Vió, en efecto, un niño bien criado, fuerte, de cara cuadrada. Y parecióle que se asemejaba mucho a Beau-chéne.

En aquel momento entró la señora Bourdieu, acompañada de una mujer, en la cual reconoció él a Sofia Couteau, la Couteau, aquella acompañante de que él se acordaba de haber encontrado en casa de los Seguin, el día en que ella había ido a proponer una nodriza. Ella también reconoció, pero afectó verle por primera vez, discreta por profesión, sin curiosidad. Las dos muchachas marcháronse en seguida.

—Vamos a ver, hija mía,—preguntó la señora Bourdieu a Norina,—¿aún no ha reflexionado usted qué es lo que decide con respecto a ese pobrecito monín que duerme ahí tan gallardamente? ¿Aquí tiene la persona de quien le he hablado. Cada quince días viene de Normandía, trae nodrizas a París y cada vez se lleva también niños para dejarlos allí... Puesto que se empeña en no criar, podría, por lo menos, no dejar abandonado a su hijo, confiándolo hasta que tuviera usted medios para tomarlo de nuevo... O de otro modo, en fin, ¿está usted resuelta a abandonarlo por completo,

ella nos hará el favor de llevárselo en seguida al Asilo.

Una duda cruel se había apoderado de Norina, dejó caer su cabeza sobre la almohada, suelta la mata de su admirable cabellera rubia, con la vista asombrada y la voz balbuciente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Todavía viene usted a atormentarme.

Tapóse los ojos con ambas manos como si no quisiera ver.

—Es mi obligación, caballero, —decía a Mateo la comadrona, en voz baja, dejando un momento a la joven madre sumida en sus reflexiones.—Nos recomiendan que hagamos todo lo posible para que las paridas, sobre todo las que están en una situación como ésta, críen ellas mismas a su hijo. No ignora usted que eso es a menudo no tan sólo la salvación del niño, sino que también la de la madre en el triste porvenir que las amenaza. Cuando tienen a bien abandonarle, se lo dejamos el mayor tiempo posible, lo criamos con biberón, para ver si al fin se despierta en ella el sentimiento de maternidad, si la vista del pequeño sér la mueve a compasión. De las diez veces, nueve por lo menos, así que le da el pecho, está vencida y le retiene... He aquí el por qué encuentra usted todavía a este niño.

Acercóse Mateo, muy emocionado, a Norina envuelta en sus cabellos con las manos en la cara.

—Vamos a ver; no es usted tan mala como todo eso, es usted una buena chica. ¿Por qué no cría a ese pequeñuelo, por qué no lo ha de tener en su compañía?

Entonces descubrió ella su ardiente mirada sin ninguna lágrima.

—¿Acaso ha venido su padre a verme ni una sola vez? No, yo no puedo querer al hijo de un

hombre que tan mal se porta conmigo. Tan sólo al saber que está ahí en esa cuna me llena de cólera.

—Pero si el pobre inocente no tiene la culpa. Y le condena usted castigándose a sí misma, puesto que cuando se vea usted sola, él le serviría de consuelo.

—No, de ningún modo. Yo no quiero, no me siento con fuerza suficiente para tener un hijo, a mi edad, sin que el hombre que lo ha engendrado quiera ayudarme. Cada cual sabe aquello de que es capaz, ¿no es eso? Pues bien: yo me he hecho esa pregunta y veo que no tengo valor para tanto... ¡No, no y no!

Callóse él comprendiendo que nada prevalecería contra aquella necesidad de ser libre que existía en lo íntimo de su sér. Y con un solo gesto, expresó toda su tristeza, sin que hubiera para ella frases de indignación, excusándola que fuera hecha de aquel modo, sintiendo todos los deseos del arroyo.

—¡Bueno! enterados, no se la fuerza a usted a criarle,—replicó la señora Bourdieu, haciendo su esfuerzo último.—Mas no está bien tampoco que se abandone. ¿Por qué no lo confía usted a esta señora, que la daría una nodriza y de ese modo el día que tuviera usted trabajo le podía tener otra vez? Eso no sería muy caro, y sin duda alguna qué el padre pagaría los gastos.

Al oír esto Norina se enfadó.

—¿Quién? ¿El pagar? ¡Ah! No le conoce usted bien. No porque no pudiera, puesto que es muy rico. El deseo de ese hombre no es otro sino que desaparezca el chiquillo de la más quieta manera, quizá en un pozo; si se hubiera atrevido, me hubiera hecho la proposición de matarle.. Pregúntesele a este caballero y verá cómo no miento. Mire usted

cómo calla... Entonces sería yo quien tendría que pagar, yo que no tengo ni un céntimo, y quizás mañana me encontraré en la calle sin trabajo y sin un pedazo de pan. ¡No, y mil veces no; yo no quiero!

Y presa de verdadera crisis de enervamiento y desesperación empezó a llorar.

—Se lo ruego, déjenme tranquila... Hace quince días que me están torturando con el niño, para que me lo quede, creyendo que acabaré por criarle. Me lo traen aquí para que me lo ponga en las rodillas y le bese, creyendo que de ese modo me apiadaré de él y le daré el pecho. ¡Y no comprenden, Dios mío, que si no le beso y ni siquiera quiero verlo es porque tengo miedo de dejarme llevar por el sentimiento y quererle como una bestia, lo cual sería una desdicha para él y para mí. Será más dichoso solo... ¿Oyen ustedes? se lo ruego, quítenmelo pronto, no me martiricen más.

Se había dejado caer de nuevo con la cara hundida en la almohada, sollozando, los cabellos en desorden, enseñando sus hermosos hombros desnudos. La Couteau, estaba en pie, muda, inmóvil, al borde de la cama esperando. Con su ropa de lanilla oscura y su gorra negra guarnecida de cintas amarillas, tenía todo el tipo de campesina endomingada; y su cara larga, con aquella máscara de avidez y de astucia, se esforzaba en aparecer apiadada. Aunque el negocio le pareció fallido, arriesgó, sin embargo, su peroración ordinaria.

—Usted, sabe, señora, que el pequeño estaría en Rougemont como en su casa. No hay en todo el departamento sitio de aires mejores, hasta mucha gente ha venido desde Bayeux para curarse. ¡Y si viera usted cómo se cuida y mimar a esos niños! En todo el país no hay otra ocupación sino tener a pequeños parisienses, acariciarlos y amarlos...

Además, no le costará caro; tengo una amiga que ya cuida a tres y como los cria con biberón, no la molestará uno más. ¿No se decide usted?

Y al ver que Norina sólo le contestaba con lágrimas, hizo un gesto brutal de mujer activa que no está para perder su tiempo. En cada uno de sus viajes quincenales, se vanagloriaba de hacer en pocas horas el recorrido de todas las casas de comadrona, en las que recogía a los niños que tenía que llevarse, de manera que pudiese tomar el tren la tarde misma, con las dos o tres mujeres que la ayudaban al acarreo de chiquillos, como decía ella. Tan atareada estaba, que la señora Bourdieu, que de vez en cuando la empleaba en sus quehaceres, la había dicho que llevara al niño inmediatamente al Asilo, si no se lo llevaba a Rougemont.

—Entonces—dijo ella dirigiéndose a la comadrona,—no podré llevarme sino al hijo de la otra señora. Lo mejor será que la vea ahora mismo para quedar acordados... Luego ya vendré para llevarme a éste corriendo a depositarlo allá, pues el tren sale a las seis.

Cuando se hubieron marchado, para ir a la habitación de al lado, donde estaba Rosina en cama desde la víspera, no se oía otro ruido en la habitación que los lamentos de Norina que seguía llorando.

Mateo estaba sentado cerca de la cama, contemplando con infinita piedad aquel pobre ser que dormía apaciblemente. Y Victoria, la sirvientita, que había permanecido muda durante aquella escena, absorta en su trabajo, púsose a hablar en medio de aquel silencio, con voz lenta, intermitente, sin levantar la vista de su costura.

—Tiene mucha razón en no confiar su hijo a esa mujer. De cualquier modo estará mejor en

el hospicio que en su poder. Cuando menos tendrá probabilidades de vivir. Por eso me he empeñado yo, lo mismo que usted para que se lleven al mío en seguida... Yo soy de aquel país, de Berville, a seis kilómetros de Rougemont, y conozco a la Couteau; bastante se habla por allí de ella. ¡Valiente cosa! con el fin de ser nodriza tuvo un chiquillo de cualquier modo; después al ver que no podía robar bastante vendiendo su leche, se ha metido a vender la de los demás. ¡Hermoso trabajo en el que no precisa tener corazón ni alma! Añada usted a eso que tuvo la suerte de casar con un individuo estúpido a quien le hace pasar por donde le viene en gana y que la ayuda. Trae y lleva nodrizas y chiquillos según la necesidad. Tienen los dos, mayores cargos de conciencia que los asesinos que guillotinan... El alcalde de Berville que era un buen hombre, burgués retirado, decía que Rougemont era la vergüenza de todo el departamento. Ya sé que entre Rougemont y Berville ha habido siempre rivalidades. Lo que no quita para que los de Rougemont se incomoden y hagan su comercio sucio con los niños de París. Todo el mundo ha concluido por mezclarse en esa industria, y es de ver del modo que se han arreglado para que se entierren el mayor número posible. Cuantos más van, muchos más mueren y más se gana... ¿Comprende usted? De aquí se explica que la Couteau cada semana esté gaseosa por llevarse tantos como pueda...

Y decía aquellas cosas horribles con el aire de la campesina sencilla a quien París no había adularado todavía, sin dejar de explicar nada.

—Antes todavía era peor. He oído contar a mi padre que las acompañantes de su tiempo, llevaban cada una cuatro o cinco chiquillos a la vez. Lo mismo que fardos atábanlos y se los llevaban

debajo del brazo. Colocábanlos en fila en los bancos de la sala de espera de las estaciones; un día una acompañante de Rougemont dejóse a uno olvidado y hubo un verdadero escándalo al encontrarle muerto poco tiempo después. Donde precisaba ver esto era en el tren. Sobre todo durante el invierno en la época de nieves, aquello daba compasión, viéndoles tiritar de frío, mal cubiertos de harapos, amaratados completamente. A menudo moríase alguno, se le dejaba en la estación más próxima, enterrándole en el cementerio vecino. Ahora comprenda usted en el estado que llegaban los que no morían en el trayecto. Créame usted que mejor se cuida a los cerdos en mi casa, pues con seguridad que no se les haría viajar de esa manera... Mi padre decía que aquello hacía llorar a las piedras... Pero, ahora, hay más vigilancia, las acompañantes no pueden llevar consigo más que un chiquillo. Sin embargo, hacen trampas llevando dos; y luego, se arreglan como pueden, tienen mujeres que las ayudan y aprovechan las que van hacia aquel país. La Couteau inventa toda clase de recursos para escapar a la acción de la ley. Tanto más cuanto que todo Rougemont hace la vista gorda, interesándose en extremo porque el negocio vaya adelante, y no teniendo más cuidado sino el de que la policía no olfatee en los asuntos del país... ¡Ah! El gobierno tiene buen cuidado en mandar inspectores mensualmente, para exigir las libretas, la firma del alcalde, los sellos del Ayuntamiento, pero de nada sirve. Eso no impide que aquellas buenas mujeres continúen su negocio tranquilamente, mandando al otro mundo tantos pequeñuelos como pueden. Nosotros teníamos en Rougemont una que cada día nos decía: «La Malivoire, este último mes ha tenido mucha suerte, ha perdido cuatro.»

Paróse un momento Victoria para enhebrar la aguja. Norina seguía llorando. Mateo escuchaba horrorizado con la mirada fija en el niño que dormía.

—Sin duda,—volvió a decir la criada,—hoy se habla menos de Rougemont que antes. Pero con todo, lo que se dice es suficiente para quitar las ganas de tener hijos. Conocemos a tres o cuatro nodrizas que no cuestan mucho. Ya sabe usted que lo reglamentario es criarlos con biberón y si viese usted qué biberones, sin limpiar, llenos de grasa repugnante con la leche helada en invierno y echada a perder en verano. La Vineux cree que el biberón resulta caro todavía y los cría con sopas: eso los mata más pronto, todos tienen el vientre hinchado pareciendo que vayan a reventar. En casa de la Loiseau, es tal la porquería que hay que taparse la nariz así que uno se aproxima al rincón en donde están acostados los chiquillos sobre trapos viejos, llenos de inmundicia. En casa de la Gavette, la mujer se marcha a trabajar al campo con su marido, de manera que la custodia de los tres o cuatro chiquillos que siempre hay allí queda encomendada al abuelo, viejo de setenta años, enfermizo, que ni aun puede evitar que las gallinas piquen los ojos de los chiquitines. Todavía resulta mejor en casa de la Cauchois quién no teniendo a nadie para vigilarlos, los ata a sus cunas, por miedo que al caer se rompan la cabeza. Y en todas las casas del pueblo que visitase vería usted lo mismo. No hay ni una que no trafique con esa mercancía. En los pueblos vecinos, se ocupan en hacer encajes, quesos, sidra. En Rougemont se mata a los pequeños.

De pronto, cesando de coser, miró a Mateo con sus claros ojos de inocente llenos de espanto.

—Pero lo más hermoso es la Conillard, una vieja ladrona que ha estado seis meses en la cárcel y que ahora vive en las afueras del pueblo, a la entrada del bosque. Nunca ha salido de casa de la Conillard un solo niño vivo. Es su especialidad. Cuando se ve a una acompañante, por ejemplo a la Couteau, que le lleva un niño, ya se sabe lo que aquello significa. Seguramente que la Couteau ha hecho tratos para matarlo. Eso se trata de un modo muy sencillo, los padres entregan una suma de tres o cuatrocientos francos, con la condición de que guardarán al niño hasta que haga su primera comunión; y figúrese que muere a los ocho días; no hay más que dejar una ventana abierta, como hacía una nodriza que mi padre ha conocido y la cual en el invierno, así que tenía media docena de chiquillos, abría de par en par la puerta y luego se marchaba a dar un paseo... ¡Así, mire usted! estoy segura que a este pequeño de al lado a quien la Couteau ha ido a ver se le llevará a casa de la Conillard, pues el otro día que la señorita Rosina trataba con ella de un crimen, de una suma de cuatrocientos francos pagada de una vez y sin que se haya de ocupar de nada.

Tuvo que callarse, pues la Couteau entraba sola, sin la señora Bourdieu, para llevarse al niño de Norina. Esta, a quien la conversación de la criada había concluído por sacarla de su tormento, no lloraba ya, escuchándola con gran interés. Pero al advertir a la acompañante cubrióse otra vez la cara con la almohada, como presa de terror, sin tener fuerzas para ver lo que iba a pasar. Mateo se había levantado de su asiento, también estremecido.

—Vamos, está convenido, me lo llevo,—dijo la Couteau.—La señora Bourdieu me ha puesto las

Indicaciones en un papel, con la fecha y el Barrio. Únicamente me faltan los nombres... ¿Cómo quiere usted que se le llame?

Norina no respondió de momento. Después dijo con voz temblona, apagada por la almohada:

—Alejandro.

—¡Bien! Alejandro... Pero haría usted bien en ponerle otro, a fin de que si lo quisiera usted algún día pudiera reconocerlo.

Fué preciso arrancar la respuesta a Norina, otra vez.

—Honorato.

—¡Bien! Alejandro Honorato. Este es el de usted y el primero el nombre del padre ¿no es verdad?... Todo marcha a pedir de boca, tengo lo necesario. Son las cuatro y no estaré de vuelta para tomar el tren de las seis, si no tomo un coche. Es muy lejos, allá del otro lado del Luxemburgo. Y eso de tomar un coche sale caro... ¿Cómo nos arreglaremos?

Mientras se quejaba para ver si podría sacar algo aún de aquella muchacha enervada por la pena, ocurriósele a Mateo la idea de cumplir hasta el fin su misión, conduciéndole él mismo al Asilo de niños, al objeto de poder asegurar a Beauchêne que el niño había sido depositado en su presencia. Díjola pues que la acompañaría y tomarían un coche.

—Eso ya me gusta más... Vamos. Es una maldad despertar a este niño, durmiendo como lo hace, pero no hay más remedio que arreglarlo.

Con sus manos secas, acostumbradas al manejo de aquella mercancía, cogió al niño, quizás con alguna rudeza, olvidándose de su zalamería, desde el momento en que únicamente se encargaba de llevarlo al montón anónimo. Despertóse el niño, poniéndose a llorar con violencia.

—¡Ah, demonio! No será muy agradable si nos regalas con esta música dentro del coche... ¡Pronto, marchemos!

Mateo la detuvo un momento.

—Norina, ¿no quiere usted darle un beso?

Desde el primer momento, la entristecida muchacha habíase hundido entre las sábanas tapándose las orejas, trastornada al oír aquellos gritos.

—No, no, llevénselo en seguida, no vuelvan ustedes de nuevo a hacerme sufrir.

Y cerraba los ojos, y rechazaba con los brazos la imagen con que se la perseguía. A pesar de todo, al sentir que la acompañante posaba al niño sobre la cama, estremeciéndose, se levantó, dejó escapar un beso perdido en el vacío que fué a encontrar la gorrita del niño. Había apenas entreabierto los ojos preñados de lágrimas y no debió ver sino el vago fantasma de aquel pobre sér, que al ser lanzado a lo desconocido, lloraba desesperadamente.

—¡Me están ustedes matando, llévenselo, llévenselo ustedes!

Una vez en el coche, ya fuese que el meneo del carruaje le calmase, o que se entretuviera al oír el ruido que producían las ruedas, se calló el niño de repente. La Couteau que lo llevaba en la falda también guardó silencio, fingió distraerse con las flores en las cuales lucía un sol espléndido; entre tanto Mateo, al sentir sobre sus rodillas los pies de aquel sér desgraciado, soñaba dolorosamente. De pronto habló ella, continuando en alta voz sus reflexiones.

—Esta señorita ha estado en un error al no confiármelo, yo le hubiera colocado tan bien que habría crecido como por encanto en Rougemont... Pero ahí verá usted, todas creen que la sola idea del comercio nos hace atormentarles. Permítame

usted que le pregunte: ¿si ella me hubiera dado cien sueldos, pagándome la vuelta, se habría arruinado? Una muchacha como ella, guapa, siempre encuentra dinero... Ya sé yo que hay muchas en nuestro oficio que no son muy honradas, que trafican exigiendo prima, haciendo rebajas y cobrando a un tiempo a los padres y a la nodriza. Tratan a esos seres como si fueran legumbres o volatería destinados a la venta, y eso no es nada laudable. Comprendo que en esos tratos se endurezca el corazón, que se les atropelle pasándolos de una en otra mano, sin respeto alguno, cual si fueran mercancías... En cambio yo soy honrada, tengo autorización del alcalde de mi país y un certificado de moralidad que puedo enseñar a todo el mundo. Si alguna vez va usted a Rougemont, pregunte por Sofía Couteau: se le dirá que soy una trabajadora que no debe un céntimo a nadie.

Mateo no pudo por menos que mirarla para ver el descaró con que se elogiaba. Heriale aquella defensa que hacía de sí misma, confirmando todo lo que Victoria había contado, cual si la acompañante, con su olfato de campesina astuta, adivinase las acusaciones que se habían hecho contra ella. Al sentirse escudriñada hasta el alma, con mirada penetrante, creyó no haber mentido con bastante aplomo, continuando en tono más suave, alabando aquel Rougemont, comparándolo a un paraíso en el cual los niños eran acogidos, criados, cuidados, acariciados como a hijos de príncipes. Viendo que aquel caballero no abría la boca para contestarle, callóse por segunda vez. Era inútil que tratara de conquistarle. Continuaba el coche su marcha, rodando siempre; sucedíanse las calles obstruidas, ruidosas; habían atravesado el

Sena, llegaban a Luxemburgo. Después de haber traspasado el jardín continuó la Couteau:

— Tanto mejor si esa señorita cree que su hijo ganará algo estando en el Asilo... No es que quiera censurar a la Administración, pero habría mucho que hablar. En Rougemont tenemos gran número de chiquillos que ella nos envía, y le aseguro que no se crían mejor, se mueren lo mismo que los demás. En fin, hay que dejar que cada cual obre conforme sus ideas. Pero me gustaría que pudiese usted saber, como yo sé, lo que pasa ahí dentro.

Paróse el coche en lo alto de la calle Donfert-Rocheran, antes de llegar al antiguo boulevard exterior. Una gran pared gris se extendía ante la vista, con el aspecto frío de fachada de una casa de administración; y al final de aquella fachada entró la Couteau con el niño por una puertecita sencilla de aspecto burgués. Háblala seguido Mateo, no insistiendo en acompañarla a la oficina, donde una dama recibía los niños, emocionado en extremo, preguntando con timidez, como si estuviera allí cual cómplice de un crimen.

Y aunque la acompañante le dijo que aquella dama no le preguntaría nada puesto que se guardaba absoluta reserva, prefirió quedarse en una antesala que comunicaba con infinidad de departamentos cerrados, en los que paseaban aguardando turno las personas que venían a depositar niños. Vióla él desaparecer, llevándose al pequeño, prudentemente, con la mirada turbia. Aquellos veinte minutos que tuvo que aguardar parecieronle horriblemente largos. Una calma sepulcral reinaba en aquella antesala artesonada de roble triste, severa, que recordaba el hospital. No oía sino el sordo gemido de los recién nacidos, que en algunos momentos apagaban los sollozos reprimidos

de alguna madre que esperaba en un departamento vecino. Y sus recuerdos le hacían pensar en el sistema antiguo del torno, cuya redonda caja daba vueltas en la pared; la madre que ocultándose, llegaba, encajonando al niño, tocaba la campanilla y luego huía. El que era muy joven no lo había visto funcionar, sino en un melodrama de la Puerta de San Martín. Qué de historias venían a su mente, séres desgraciados traídos de provincias y depositados por el ordinario, hombres furtivos que venían a lanzar en el olvido los hijos de alguna duquesa, la hilera de tristes trabajadoras que se deshacían en la sombra de los frutos de la seducción. ¡Cuánto habían cambiado las cosas, suprimiendo el torno, obligando a depositarlos abiertamente en aquella entrada grave y escueta de casa de retiro con todo el aparato de la administración, anotando las fechas, los nombres, ocultándose en el más inviolable misterio! No ignoraba él que muchos achacaban el aumento de abortos e infanticidios a la supresión del torno. Cada día, sin embargo, condena la opinión la actitud de la sociedad de ayer ante los hechos, ante la idea de que es preciso aceptar el mal, ponerle diques, encauzarle ocultándolo, como sumidero indispensable, siendo así que la verdadera misión de una sociedad libre debe ser todo lo contrario, prevenirlo, atacarlo y destruirlo en sus gérmenes.

El único remedio que hay para disminuir el sinnúmero de abandonados, es el de conocer a las madres, alentarlas, socorrerlas, dándoles medios para que puedan serlo. Mas en aquel instante, no razonaba, sentíase el corazón presa de piedad y angustia crecientes, al pensar en los crímenes, en las vergüenzas, en los espantosos dolores que habían pasado por aquella antesala en la cual se hallaba. ¡Qué desfile de sufrimientos, de ignominias

y de miserias; cuántas confesiones terribles habría oído aquella dama que en el fondo de su oficina misteriosa, recibía los niños! Un viento de tempestad empujaba hacia ella los escombros del arroyo, las miserias de arriba, todas las abominaciones, todas las torturas que se ignoran. Aquel era el puerto de refugio en el naufragio, el sombrío agujero a donde iban a parar los frutos condenados de las mujeres miserables. Mientras seguía esperando, llegaron tres; seguramente que la una era una pobre obrera, bastante fina y bonita, tan flaca y pálida que su aspecto le trajo a la memoria una historia que él había leído de una muchacha por el estilo, la cual después de abandonar a su hijo se había arrojado al agua; la otra parecióle una mujer casada, sin duda mujer de algún obrero, tan repleta de familia que indudablemente no podría alimentar una boca más; la tercera debía ser una perdida, alta, fuerte, de insolente mirada, una de esas que en el intervalo de seis años, llevan allí tres o cuatro hijos, lanzándolos de la misma manera que se arroja por las manzanas a la calle el cubo de la basura. Desaparecieron la una tras la otra, oyendo como se las colocaba en departamentos separados, mientras él con el corazón apenado, sintiendo como pesaba el destino cruel sobre aquellos séres, seguía esperando. Cuando reapareció la Couteau, con los brazos vacíos, no dijo ni una palabra, sin que por su parte Mateo le preguntara nada. Y del mismo modo subieron al coche, silenciosos. Diez minutos después, cuando ya el coche rodaba por entre la obstrucción de las calles populosas, la Couteau se echó a reír. Al ver que su compañero, permanecía mudo, sin dignarse preguntarle cuál era la

causa de aquella alegría brusca, concluyó por decir en alta voz:

—¿No sabe usted de qué me río?... Si le he hecho esperar un poco allí ha sido porque al salir de la oficina he encontrado a una amiga mía que está de enfermera en la casa. Es necesario que le diga que las que llevan los chiquitines a provincias son las enfermeras... Pues bien: mi amiga me ha dicho que sale mañana para Rougemont, con dos enfermeras más, y que con toda seguridad llevarán en el montón el pequeñito que acabo de depositar.

Rióse, de nuevo, secamente.

—¡Eh! ¡Qué gracioso!—añadió.—Su madre no ha querido que yo me lo lleve a Rougemont, y vea usted cómo van a llevarlo. Hay cosas que han de suceder.

Mateo no respondió. Pero un frío glacial le había atravesado el corazón. Era verdad, intervenía el destino despiadado. ¿Qué sería de aquel pobre sér? ¿a qué muerte próxima, a qué vida de sufrimientos, de miseria o de crimen, acababan de lanzarle brutalmente, como se lanza a la ventura a un perrito en medio de la calle? Continuó rodando el coche no oyéndose más que el rechinar de las ruedas. Cuando se apearon en la calle de Miro-mesnil, delante de la casa de partos, la Couteau se lamentaba diciendo que iba a perder el tren, al ver que ya eran las cinco y media, tanto más cuanto que todavía tenía que arreglar cuentas y tomar al otro niño. Mateo que quería guardar el coche para que le condujera a la estación del Norte, tuvo la dolorosa curiosidad de quererlo saber todo, asistiendo a la salida de las acompañantes. Calmóla, pues, diciéndola que despachara pronto y que ya la aguardaría. Al decirle ella que tardaría un cuarto de hora, sintió deseos de ver a

Norina y subió también. Cuando entró en el cuarto, vióla sola, sentada en la cama, en su asiento, comiéndose una de las naranjas que sus hermanitos le habían traído.

Era glotona, separaba los gajos cuidadosamente, chupábalos con su encarnada y fresca boca, a medio cerrar los ojos, estremecida su piel bajo el desenvuelto manto de sus cabellos, cual gata voluptuosa que lame una taza de leche. La entrada brusca de alguien la puso en sobresalto. Al reconocer al visitante hizo un mohín de desagrado.

—Ya está hecho—dijo Mateo con sencillez.

Ella no respondió de momento, enjugóse los dedos con el pañuelo. Sin embargo fué preciso que hablara.

—Como no me había dicho usted que volvería no los esperaba a ustedes... En fin, ya está hecho, vale más así. Le aseguro que no había medio de hacerlo de otro modo.

Y continuó hablando de su marcha, preguntó si podría volver a entrar en la fábrica, dijo que a pesar de todo se presentaría para ver si el patrón tendría la audacia de plantarla en la calle.

—No es precisamente porque esté apurada y lo echo de menos, puesto que no daré nunca con persona más indecente que él.

Pasaron algunos minutos y la conversación se hizo pesada, hasta que apareció la Couteau con nueva carga llevando al otro niño en brazos.

—¡Concluyamos, concluyamos! No acabarían nunca de rendir cuentas, pensando cuál de las dos me dará un céntimo de más.

Norina la retuvo.

—Este es el hijo de la señorita Rosina. Déjemelo a usted ver, yo se lo suplico.

Descubrióle la cara y exclamó:

—¡Oh! ¡qué gordo y qué hermoso! ¡Ahí tiene usted uno que no desea sino vivir!

—¡Pardiez!—contestó filosóficamente la acompañante,—siempre lo verá usted así. Basta que tenga que incomodar a todo el mundo para que sea soberbio.

Norina lo contemplaba, alegre, tierna, con ojos cariñosos de mujer a quien la vista de un niño apasiona siempre. Empezó por decir:

—Esto da lástima, cómo pueden tener el corazón...

Calló de pronto cambiando la frase.

—¡Sí, qué pena da cuando una se ve obligada a abandonar a angelitos así!

—¡Buenas tardes! ¡Siga usted bien!—dijo la Couteau.—Por usted perdería el tren. Precisamente yo soy la que tengo los billetes de vuelta y las otras cinco me esperan en la estación. ¡Me armarían un escándalo!

Y viendo que se marchaba a escape, Mateo la siguió. En la escalera, que bajó de cuatro en cuatro escalones, estuvo a punto de caer con el fardo. Luego, cuando se hubo colocado en el fondo del coche y éste se había puesto en marcha añadió:

—¡Uf! No hay mala suerte... ¿La ha oído usted, señor? No ha querido arriesgar quince francos mensuales, y acusa a la buena de la señorita Rossina, que me ha dado cuatrocientos francos para que le cuide su hijo hasta que haga su primera comunión... Bien es verdad, que este pequeño es soberbio. ¡Mírelo usted! ¡Ah! Cuando los hijos son producto de un verdadero amor, son así. La lástima es que los más hermosos suelen ser a menudo los que se mueren más pronto.

Contemplábale Mateo, en las rodillas de la acompañante, reemplazando de tal suerte al hijo de

Norina. Vefale en aquella envoltura blanca, de hilo finísimo, guarnecida de encajes, cual si fuera el hijo de un príncipe condenado, a quien llevaran lujosamente al suplicio. Acordábase de aquella historia monstruosa, de aquel padre en la cama con su hija, tres meses después de la muerte de su madre, el hijo de aquel incesto, parido clandestinamente, cedido por aquella cantidad a la nodriza, la cual le dejaría morir con absoluta tranquilidad, dejándolo debajo de cualquier puerta o ventana abierta de par en par.

El pequeñuelo, que apenas despuntaba a la vida, tenía una cara finísima en la cual se entreveía ya una hermosura angelical, sin que proferiera el más ligero lloro. Sintió un escalofrío de abominación. En el patio de la estación de San Lázaro saltó la Couteau del coche con presteza.

—Gracias, señor, ha sido usted muy amable. Y si quiere recomendarme a las demás que conozca estoy a su disposición.

Entonces, Mateo, que había bajado a la acera, vió una escena que le retuvo algunos instantes más. Cinco mujeres de aspecto rústico, cada una de ellas cargada con un chiquillo están allí, mezcladas entre la multitud de viajeros y equipajes, azoradas, corriendo, parecidas a cornejas inquietas que con sus largos picos amarillos, baten las alas llenas de temor. Cuando por fin vieron a la Couteau, corrieron las cinco hacia ella, con vuelo de furia y voracidad. Después de proferir gritos, explicaciones ásperas, dirigiéronse las seis hacia el tren, con las cintas de las gorras flotando en el aire, las enaguas del revés y llevándose a los niños como aves de rapiña que no pudiesen volver al pudridero. Perdiéronse al fin, entre la humareda y los silbidos del tren desapareciendo por último. Mateo había quedado solo, entro todo aquel in-

menso gentío. De aquella manera era como cada año aquellas cornejas de mal agüero se llevaban de París veinte mil niños, sin volverse a ver. No bastaba que se malbaratase la simiente humana, lanzada por el placer en el arroyo, no bastaba que la cosecha fuese recolectada malamente, que hubiese el vergonzoso descrédito de abortos e infanticidios, era preciso todavía que la cosecha viviente fuese colocada de mal modo en el granero, de manera que la mitad se encontrase destruída, aplastada, muerta. Continuaba el descrédito, llegaban de todas partes, ladronas y asesinas olfateando el lucro, llevándose lejos todo lo que podían contener sus brazos de vida naciente, para matarla. Eran las ojeadoras, acechaban las puertas sintiendo desde lejos la carne inocente. Y rodaba el acarreo hacia las estaciones, vaciaban las cunas, las salas de los Hospitales y Casas de Maternidad, cuartos ambiguos de las comadronas, los antros miserables de las paridas sin pan y sin hogar. Todos los fardos se amontonaban, expedidos y distribuidos hacia lo desconocido, hacia la muerte inconsciente o voluntaria. Del mismo modo que habían sido sembrados malamente, mal cosechados, tenían que ser mal nutridos también aquellos pequeñuelos. Y de allí venía el monstruoso descrédito, de quitarlos a la madre, única nodriza cuya leche podía darles vida. Una oleada de sangre afluyó al corazón de Mateo, cuando de pronto pensó que Mariana, fuerte y sana debía esperarle en el puente del Yeuse, en medio de la vasta campiña con su Gervasito al brazo. Despertábanse en su memoria algunas cifras que él había leído. Para algunos de los departamentos que se dedicaban a la industria de la crianza, era la mortalidad de los niños en un cincuenta por ciento; para los menos el cuarenta, y para los más el sesenta. Cal-

culábase que en un siglo habían muerto diecisiete millones. Desde tiempo há el término medio de mortalidad se calculaba de ciento a ciento veinte mil anuales. Los países más mortíferos, las mantanzas más espantosas de todos los conquistadores, no sumaban destrozos semejantes. Era una gigantesca batalla en que era derrotada la Francia anualmente, la abismación de toda fuerza, la pérdida de toda esperanza. El fin de todo aquello era la bancarrota, la muerte imbécil de toda la nación. Y Mateo, aterrado, huyó de allí, no teniendo otro deseo que la consoladora necesidad de ir a buscar a su Mariana, pacífica, bondadosa y llena de salud.

III

Un jueves por la mañana almorzó Mateo con el doctor Boutan en el entresuelo que éste ocupaba en la calle de la Universidad, desde diez años antes. Por una extraña contradicción, que él mismo tomaba a broma, aquel apóstol de la fecundidad era aún soltero. Afirmaba riendo que así podía atender mejor a las mujeres ajenas, ya que no tenía que pensar en la propia. Tan ocupado le tenía su clientela, que cuando alguien tenía que hablarle con detenimiento de algún asunto importante, le invitaba a que almorzara con él y compartiera su frugal comida, que se componía invariablemente de huevos, chulelas y café. Mateo anhelaba consultarle acerca de su proyecto de explotar el dominio de Chantebled, proyecto que le quitaba el sueño y en el que fundaba las más halagüeñas esperanzas. Tomaba cada día mayor cuerpo la